Humberto Guzmán

Bajo la noche

1

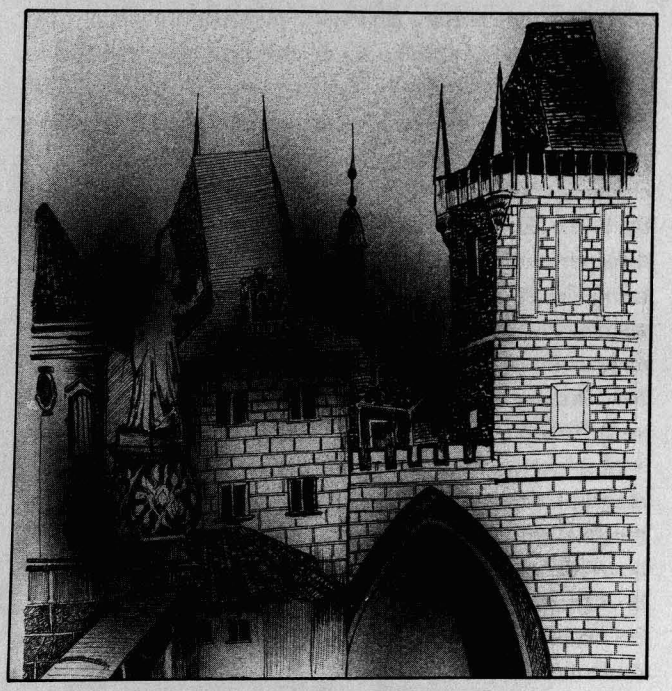
Luis Aréizaga respiró hondo el aire nocturno de Praga. Fue como aspirar el nuevo mundo, como empezar a conocerlo. El tipo de gente que veía era distinto al que había visto en Munich, en Zurich o en Londres. Era de un rubio y de un blanco diferente. Las facciones, los pómulos. ¿Qué puede significar México para ella? ¿Qué va a significar? Nada. Nada en absoluto.

Conocía apenas a la familia política de su amigo Federico Bernal. Tenía una idea de cómo eran. Pero vistos los checos en grupo, como pueblo, eran otra cosa. El idioma, en la barahúnda de la estación de trenes, era algo extravagante. Cada cosa que veía colaboraba para su asombro. Los rostros más cercanos, por ejemplo. Había entre ellos los de dos mujeres de una belleza desconcertante. Entonces fue cuando notó que era otro el color rubio del pelo. Mostraba una tonalidad mate que de alguna manera le sugería a Luis el color verde-gris. Admiró el cutis blanco e impecable de una muchacha de cara redonda. Muchos tenían la cara redonda. Por detalles como éstos, o por la ropa, o la ausencia de anuncios publicitarios, el huésped creyó haber arribado no sólo a un país lejano sino también a otro tiempo, a un tiempo sin tiempo, en última instancia, anterior.

¿Y ahora qué hacer, allí, ante un mundo desconocido? La duda (frecuente en Luis, como buen mexicano, esta vez se justificaba) lo hizo su juguete. A pesar de eso había que enfrentar la situación. Esta es la parte alentadora en ciertas condiciones adversas: el arrojo.

Cogió sus maletas y se dejó arrastrar por los viajeros que se apresuraban por el pasillo del vagón. Varias personas se arremolinaron a su alrededor. Veía los rostros de rasgos eslavos, rostros ansiosos, bocas que hablaban, reían, ojos escrutadores, otros risueños, sonidos que eran nombres, quizás, abrazos, besos, cómo se besaban ésos. Sin embargo, Praga esperaba a Luis fría e indiferente.

¿Alguien tenía que venir por él? Estaba clavado en el piso con las maletas a un lado. Se sintió como la ciudadana alemana en la estación de Cheb. Muy tarde se dio cuenta de que no contaba con suficiente información práctica para ese viaje. Quizás por la cercanía de sentimientos, se recordó echado a caminar y caminar, de nada a nada, por las calles de la colonia Narvarte, con una adolescencia a cuestas que le pesaba



demasiado. Canturreaba en silencio canciones de moda que en su sencillez no reflejaban la angustia que las propiciaba. Caminaba por la Narvarte y también la del Valle con la confusa idea de haber sido olvidado –¿por quién, cuándo?– en ese mundo extraño que lo contenía.

Pronto vería, con algo de terror, que el andén se vaciaba sin remedio. Decidió acercarse al sitio donde desaparecían las últimas personas. Procuraba ser visto –no se sabía por quién– y a su vez veía a los demás. En poco tiempo, ya no había nadie. Creyó, por un momento, que era protagonista de una película de suspenso. Pensó que iría a una oficina de turismo, pediría los datos de algún hotel no muy caro, algún albergue estudiantil, si se puede, y al siguiente día buscaría un teléfono y trataría de comunicarse con alguno de los de la lista proporcionada por la familia de Federico .

Apretó las mandíbulas. El andén estaba solo y desolador. Sin embargo, más desilusionado que preocupado comprendió que al fondo, donde la gente desaparecía, se hallaba la boca de la entrada a un subterráneo. Los andenes de trenes los recordaba de las películas (inclusive mexicanas, las de la Época de Oro) y de algún fatigoso e interminable viaje a Oaxaca, por el que juró no volver a usar ese medio de tortura en su vi-

Fragmento de la novela *El visitante,* de próxima aparición.

Dibujos de Francisco Plancarte

da. No tenía previsto que pudiera estirarse frente a él de esa manera un andén de tren. Era como en una película, precisamente, que había llegado a la noche más lejana de su vida.

2

A punto de descender los escalones que lo llevarían al subterráneo, descubrió a una mujer joven que parecía esperar a alguien. El instinto lo hizo detenerse y mirarla. De *ella* no sabía nada, excepto que se llamaba Marketa. Y alguien como esa mujer, semioculta por las sombras, podría responder a ese nombre. Luis dio unos pasos hacia ella y, a cierta distancia, preguntó, ¿Marketa? Ella contestó pronunciando el nombre de él.

Marketa (qué palabra tan sonora) no hablaba español, sabía en cambio alemán y, como era de esperarse, ruso; también se daba a entender en inglés. Fue gracias a esta última posibilidad la que permitió que empezaran a intercambiar impresiones. Ella, organizada que era, llevaba consigo un diccionario checo-español, cosa que él, desorganizado y orgulloso, no había hecho. En el subterráneo ella comentó que la señal convenida por el señor Svoboda era que llevara una naranja en la mano, detalle de película de James Bond del que él no tenía conocimiento así como tampoco de que debía llevar el pasaporte en la mano izquierda. La naranja era una ocurrencia irrealizable. ¿Dónde encontrar una naranja en Praga? La chica sustituyó la fruta por una flor que Luis recibió como bienvenida.

El subterráneo los llevó a una calle ancha en donde debían esperar el tranvía. En plena espera Luis se sorprendió canturreando otra prehistórica canción de la adolescencia. ¿Qué le ocurría a este hombre? ¿Asociaba su adolescencia triste con la gran emoción de estar en Praga? No concuerda, pero así era. Poco después, con la ayuda de la luz blanca del tranvía, confirmó que Marketa era una muchacha bonita, quizás demasiado bonita (una muñequita) en la apreciación de un joven mexicano medio. Se dio cuenta de que poseía una manera peculiar de cortesía o eficacia que en momentos podía calificarse de rudeza. Cosa que no le impresionó mucho ya que no estaba como para poner condiciones.

Poco más tarde bajaron del tranvía y se internaron por una calle estrecha que los llevó a los andadores, oscurecidos por altos arbustos a los flancos, entre los edificios uniformes de una amplia unidad habitacional. (Igual que en México, pero con una diferencia...) Eran hileras interminables de ventanas. Por el silencio y la oscuridad era difícil creer que allí vivían familias enteras. ¿En Checoeslovaquia también viven familias numerosas en cada uno de esos departamentos? A una pregunta de Luis ella contestó que ese barrio se llamaba Krc. Era una sonido rarísimo, sin el que dan las vocales. En ese momento la luz pálida de la luna se escapó entre las nubes que la aprisionaban. La belleza del rostro de Marketa cobró vida. Su juventud se delineaba en la figura de su cuerpo esbelto pero bien formado. Cuando ella percibió que era observada devolvió la mirada y él se desconcertó por haber sido descubierto. Desvió la vista pero tenía clavados en los ojos la claridad de los de ella.

Comprendió que nunca se hubiera imaginado que una muchacha así sería su anfitriona. Cuando vio el nombre escrito en un papel no lo asoció con nada en particular. Era solamente una palabra, un nombre. En México ni en sueños hubiera ocurrido algo semejante. Él tenía que comparar entre lo que veía y lo que había dejado, de otro modo, corría el riesgo de perderse.

En una nave de esos edificios se detuvieron. Ella abrió una de varias puertas iguales en el tercer piso. Era un departamento pequeño en donde se aprovechaba hasta el último rincón. La anfitriona fue precisa en cuanto a las reglas. Sé que te bañas cada día: hay agua caliente en la mañana y en la noche. Esta es tu toalla y éste tu jabón. La ropa sucia la pones aquí. En la cocina abrió el pequeño refrigerador -allí todo era pequeño. Puedes tomar lo que desees. Te gusta la leche ¿verdad? Aquí la tienes. Desayunas huevos. Me ocuparé de prepararlos. Hay una mortadela húngara. Los huevos podían fallar y la leche no la acostumbraban tanto para los adultos; lo que sí era inusual era la mortadela; sin embargo, allí estaba. En seguida lo condujo al cuarto donde dormiría. Es la habitación de mis padres, pero salieron de vacaciones a Moravia.

Poco después sabría que salieron de vacaciones con el propósito de que él tuviera acomodo en el departamento. Quedó atónito. Frente a eso, la cortesía que creen tener los mexicanos con los visitantes se reducía notablemente. Quiso agradecerlo de mil maneras, pero al final decidió callar y no verse muy provinciano. Puedes encender la televisión, el radio. ¿Te gusta el rock? Allí encontrarás unos discos de los Beatles. Pasaron a la última habitación. Aquí puedes venir cuando quieras; de noche no, porque éste es mi dormitorio.

La obviedad no ofendió al huésped. Tomó la advertencia con naturalidad y tal vez la memorizó con disciplina. Para finalizar le invitó una taza de té negro y pan de centeno. Sacó el queso y la mantequilla. En una mesa para dos, en la cocina, le presentó un programa de actividades. Se había tomado el compromiso de atenderlo y con ese fin solicitó parte de sus vacaciones anuales para dedicarse de tiempo -no de cuerpo, como lo dejó aclarado- completo a él aun sin conocerlo. Éste, un tanto cohibido, acataba y agradecía. Pensó que si actuaba de ese modo, también era por lealtad al señor Svoboda (suegro de su amigo Federico) con el que había trabajado como secretaria en la compañía Skoda. Esto le dio algo de tranquilidad. En última instancia a él no le quedaba más que recibir, humilde, las gentilezas de la bella Marketa.

3

Guardó silencio. Atento a las palabras y los gestos de Marketa. No podía dejar de verla. Era un gozo hacerlo. Ya lo había prevenido Federico. Las checas no se andan con medias tazas. Y aunque no esté bien que yo lo diga por estar casado con una de ellas, se van a la cama contigo a la menor provocación. Simplemente no lo crees. Luis dedujo que, en su caso, las cosas empezaban mal. Vas a ver, a la mejor te nos quedas por allá. Esto era poco probable porque el gancho en realidad era que un extranjero podía sacar una checa del paraíso socialista.

Al verla y escucharla en medio de la paz nocturna de ese departamento, quizás más acogedor por lo reducido de sus di-

mensiones, la pésima experiencia en la frontera se había quedado atrás, tanto que su recuerdo parecía el de una película muda de los años veinte. Lo recordó de manera fugaz, como si hubiera leído la noticia de lo que solía ocurrir en un país lejano, apenas de Latinoamérica, y que nada tenía que ver con Checoeslovaquia donde vivía esa mujer de piel blanca y de ojos claros. Era imposible (ésta es una historia de imposibles) no reducirse a su feliz contemplación.

4

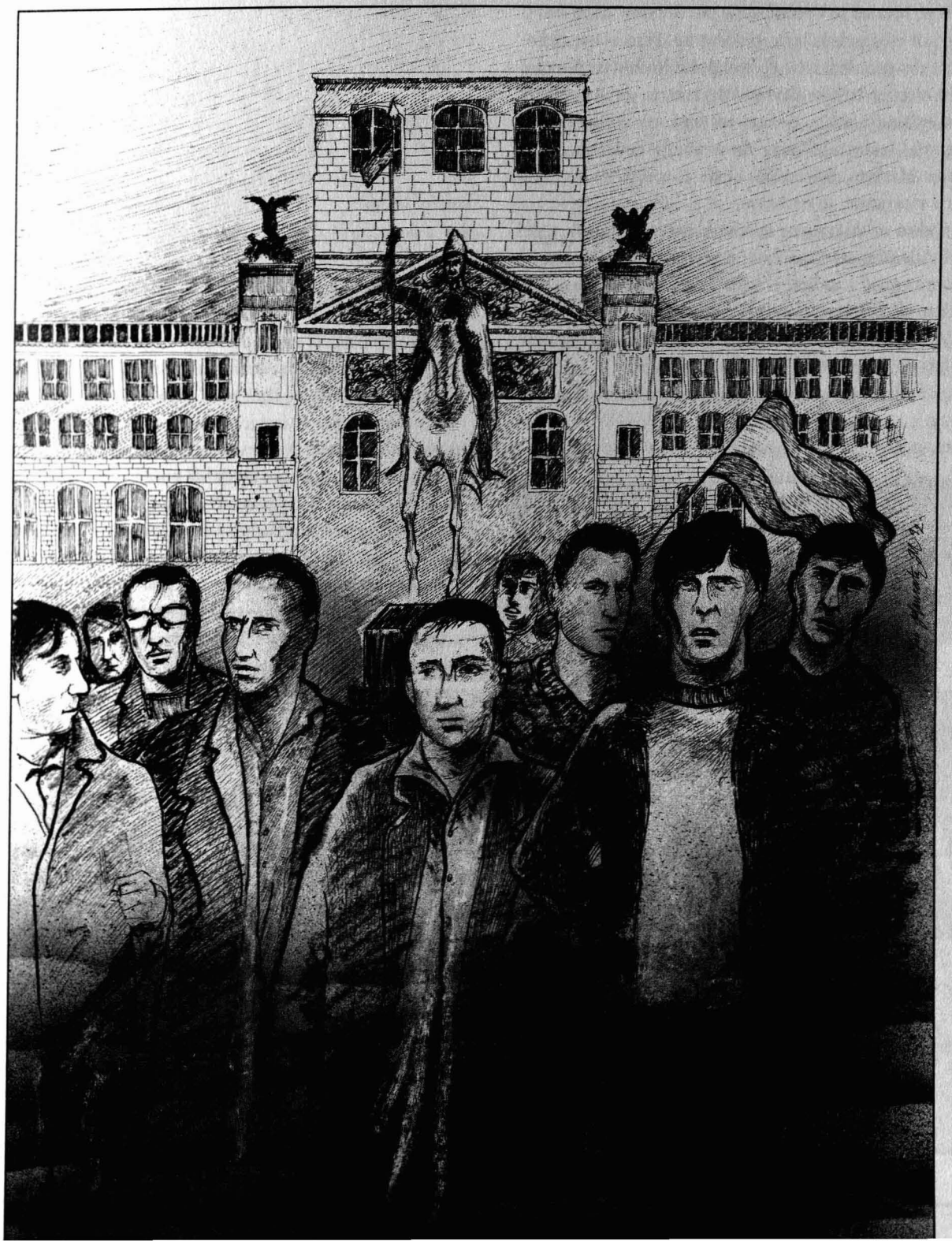
Luis desenvolvió una vasija de artesanía mexicana y se la ofreció. Ella la tomó como si fuera una joya arqueológica y fue a buscar un sitio para colocarla. Luis la vio dar esos pasos y supo, como en un relámpago, que esa mujer podría perderlo.

Ella dijo: –Qué cosas pasan en el mundo.

Se acercó y vio el pedazo de papel periódico de la vasija que tenía extendido en las manos. Un encabezado del asesinato del militante negro Martin Luther King. Esto le hizo recordar las barricadas en el Barrio Latino y el nombre de Danny el Rojo. Un alemán haciendo la revolución universitaria en París.

Agregó: –¿Y en México?

Los camiones militares cargados de soldados pertrechados para combate que transitaban en fila por el Centro de la ciudad de México. Las grandes concentraciones de jóvenes radicales; las barricadas en el histórico edificio de San Ilde-



fonso; las asambleas en el Politécnico, en la Ciudad Universitaria y en la Normal.

–En México también hay agitación... –dijo él.

Pero el hecho era lo fascinado que estaba por esa mujer. ¿Todas las mujeres en este país serán como ella? Creo que mi querido amigo se quedó corto. Y con ese relajamiento de costumbres que dicen que tienen. Los periodistas cuentan que hacían sexo en las barricadas del París de mayo. La revolución es unión, no cabe duda ¿Por qué será diferente en México? ¿Qué no somos también occidentales? ¿Y entonces la España que llevamos dentro no es suficiente? ¿La falta de una guerra mundial? Pero tuvimos la revolución mexicana. A la mejor el problema no es la liberalidad sexual de las checas, es decir, ella, sino la represión sexual de los mexicanos, es decir, yo.

Dentro de México se vive asfixiado por México; fuera de él, se muere por efecto de lo otro, lo diferente. Pero lo que debería contar ahora es Marketa. Qué importa lo demás. Aunque la vida enseña que hay paraísos que jamás serán de uno, que la injusticia existe de una o de otra manera, no dejaba de ser una sorpresa. Ivonna, la mujer de su amigo Federico, no lo inquietaba. Marketa, en cambio, desde el sonido de su nombre, duro y cortante, lo cimbraba.

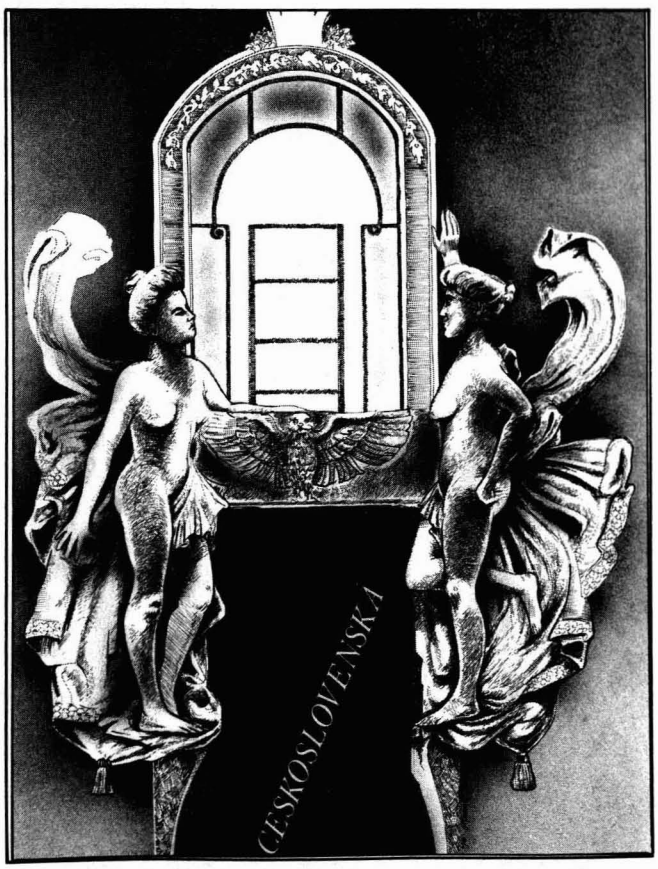
Resignado a su mala suerte con las mujeres de un lado y del otro del Atlántico, se abandonó al placer de estar cerca de ella. Pronto volvió a tocarse el tema de su entrada al país. Hizo el relato de la aventura en un inglés no muy *british*.

–Tú lo ves con ojos de extranjero –lo interrumpió Marketa.

Los ojos de Luis se abrieron con desmesura.

–Pero es algo necesario –continuó; tenemos muchos enemigos.

–¿Enemigos?



–Sí, ¿qué te extraña? –y sin esperar respuesta confirmó– Pueden ser espías, terroristas, vagos.

–¿Has visitado algún país del otro lado?

–No. He viajado mucho a Bulgaria, en los veranos, a Hungría, Alemania del Este. Hace poco fui a Moscú. ¿Lo conoces?

–No.

–Es increíble. Allí todo es grande. Las avenidas anchas; la Plaza Roja.

Luis pensó que le gustaba más Praga pero no se atrevió a decirlo.

–En la Plaza Roja se ve el espíritu de nuestros países.

El misticismo de Marketa impedía cualquier clase de comentario. Resignación y fortaleza de espíritu. El cansancio reapareció en las facciones de Luis. No tenía caso expresar dudas pequeño-burguesas.

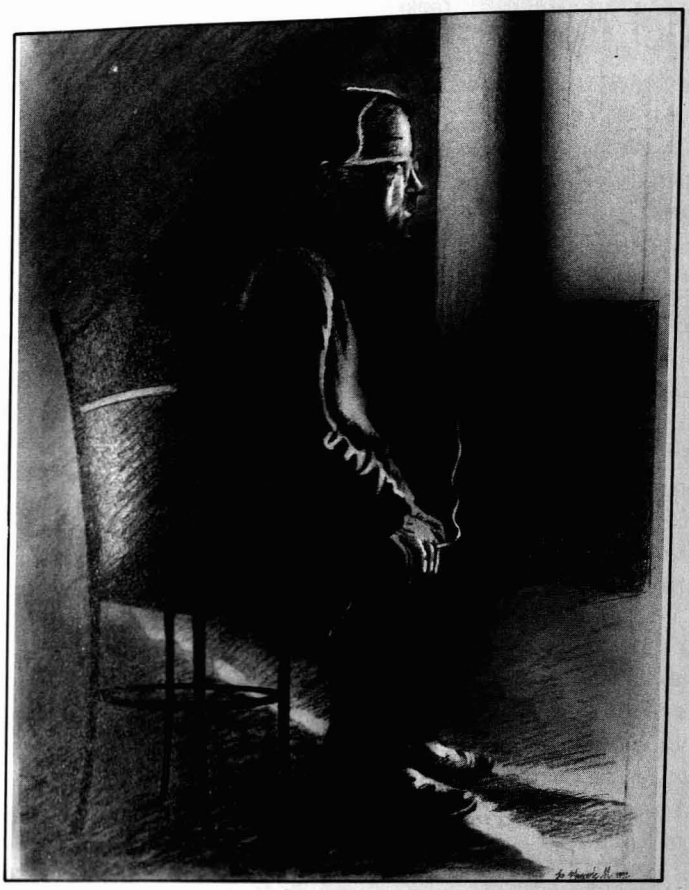
5

Luis creyó que soñaba la voz de Marketa. Mantuvo los ojos cerrados y la siguió oyendo. ¿Con quién hablaba? Por un momento pensó que entendía lo que decía. Después cayó en la cuenta de que era él mismo el que le daba significado o imagen a los sonidos que escuchaba. Hablaba por teléfono en ese idioma que sólo los checoeslovacos entienden. Catorce millones de personas. Dos veces apenas el número de habitantes que tenía entonces la ciudad de México. Pero, algo interrumpió sus cálculos. Marketa hablaba a gritos y luego llegaba al susurro. Qué clase de nerviosismo era ése. ¿Será una característica usual entre las checas? Y ésta era una de ellas.

Se esforzó para levantarse de la cama y, en calzoncillos, se asomó por la puerta. Trató de acercarse, pero el recuerdo de la advertencia de que no debía entrar a ese cuarto de noche lo detuvo; además, se percató de que estaba en paños menores. Reincorporado a la cama, supo que algo serio pasaba. Ella dijo una palabra como "pa-pa" y colgó. Una luz suave se filtraba por la tela ligera de las cortinas de la ventana. Miró el reloj de buró. No estaba seguro si eran las doce o la una de la madrugada. La penumbra daba un toque interesante. Sintió una nostalgia indefinida; una sombra se escurría por la pared; pero, en el fondo, había la parte placentera, excitante. No le hubiera sorprendido saber que no pensaba nada relacionado con su país. Este era otro mundo y se acostumbraba a él. Y a Marketa también.

6

Y fue ella la que apareció en silencio, como otra sombra, en el vano de la puerta. Luis no tuvo tiempo de sobresaltarse. Vivía el enigma desde hacía unos días. Lo natural era la luz pálida, la penumbra, las sombras, la figura alta y rubia de Marketa. Por fin, sufrió un estremecimiento: un ruido ensordecedor cruzó por la mitad la noche. La figura alta y rubia dio un paso en falso y él saltó a la orilla de la cama. El ruido se alejó pero sólo para regresar. Ella temblaba en su bata blanca que dejaba al descubierto sus piernas. El trató de serenarse. No estaba seguro si lo sacudía el inesperado rugido o las piernas blancas, torneadas, diferentes a las de las mujeres que



estaba acostumbrado a ver. Hizo un esfuerzo por concentrarse en el rostro pálido que borroneaba la penumbra. Todavía tardó en observar un detalle. Lo dudó al principio; después ya no. Marketa lloraba.

Se levantó movido por un resorte y, olvidando que estaba en calzoncillos, se acercó a ella. Oyó que dijo algo en checo; unas palabras en alemán; al fin, encontró el inglés. No entiendo... no entiendo. Luis pensó que se había muerto su padre o su madre, o ambos. Acertó a tomarla de los hombros. Temblaba de frío o de no se sabe qué. Sintiendo que lo invadía el deseo incontrolable, titubeó entre decir alguna palabra de apoyo o de abrazarla y besarla.

–¡Los rusos están en Praga!

El huésped la miró perplejo y dijo sin fortuna:

–Pero eso no es noticia.

–¡El ejército ruso está en Praga! –hizo una larga pausa y continuó– Los tanques rusos avanzan, toman la ciudad. Aviones rusos llegan a Ruznye. ¡Es una desgracia! Algo muy grave debió haber ocurrido. Pero nadie sabe nada.

Ahora era él quien no entendía nada. Subió la mirada del escote de la bata y dijo por decir algo:

–¿Por qué?

Cualquier cosa hubiera esperado Luis, menos encontrarse con el ejército del Hermano Mayor. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Qué sería de Checoeslovaquia y de él? ¿Y mis vacaciones? Tal vez no vuelva a tener otra oportunidad como ésta.

–¿Qué vamos a hacer?

–Voy a telefonear... –terminó con alguna frase en checo.

El destino se burlaba de Luis. Eran las vacaciones de su vida. Soñaba con Praga. Y ahora esto. ¿Por eso habrá sido la vigilancia militar tan severa en la frontera? Pero Marketa lo tomó con naturalidad. ¿Por qué se habrá puesto así ahora? ¿No confiaba tanto en los rusos? A la mejor vienen a liberarlos de algo muy serio. De los enemigos de la revolución proletaria. ¿En Rusia había proletariado cuando estalló la revolución proletaria? ¿Por qué se habrá angustiado tanto? De repente le salió el egoísmo patriota. ¿Dónde quedó el internacionalismo de la lucha socialista? (Qué lenguaje más horrible). Pero qué demonios. Lo de siempre. El pez grande se come al chico. El ruido de los enormes aviones Antonov que surcaban el negro cielo de Praga era ensordecedor. Sin embargo, cuando Luis se acercó a la ventana no alcanzó a ver nada. Llegaron voces del departamento vecino. Luego el silencio de la zona arbolada de enfrente y la calle. Surgió, de pronto, el rumor de los motores de los Antonov. Otra vez nada. La calma y la oscuridad.

Checoeslovaquia invadida y yo recién llegado. Vaya bienvenida. Estoy en medio de una guerra sin deberla ni temerla. Me muero de miedo. ¿Quién me metió en esto? Estoy en verdaderos problemas. Mejor me hubiera quedado con los tanquecitos del ejército mexicano en las calles del Centro de la ciudad de México. Por lo menos allá no tronaban los aviones de guerra en la noche.

–¿Aviones checos? –gritó al despegarse de la ventana.

–¡Rusos! –corrigió ella sin interrumpir su conversación telefónica.

Luis volvió su atención a nada, con una sonrisa tonta dibujada en el rostro. Miraba los árboles más cercanos iluminados medianamente por la pobre luz de los faroles; la calle se veía en tonos amarillentos, los árboles, algún vehículo estacionado. Pensó que si estuviera fuera también él se vería a través del filtro amarillo. Esto le recordó que a su paso por Londres, camino a Zurich, donde se encontraría con su amigo Federico Bernal, su sorpresa no tuvo límites cuando advirtió que, al caer la noche, los londinenses, en plena efervescencia psicodélica y dominio mundial del rock inglés, llevaban la cara pintada de un color plata impresionante. Hasta que descubrió que sus propias manos tenían el mismo tinte. Un poco desesperado, dirigió la vista a un lado y al otro, hasta comprender que era el alumbrado público, color ámbar, el que propiciaba esta tonalidad en la piel.

Lo que no acababa de comprender Luis era la invasión militar de la que era testigo (y víctima también). Se le hacía más fácil esperar ese tipo de agresiones con países débiles, de esos que a veces ni países parecen, pero Checoeslovaquia... que tuvo una economía fuerte, superior a la italiana de la preguerra, que era un pueblo alfabetizado e industrializado. Daba tristeza ver a ese país caído –los criticones esperaban que añadiera: de rodillas. ¿Por qué no oponían resistencia? Con el buen ejército que debían tener. El mismo que se mantenía inmóvil. Viendo pasar los tanques rusos. ¿Qué significa esto? ¿Quiere decir que están de acuerdo, como dice Marketa? Pero ¿quiénes? ¿El Partido? ¿El pueblo checoeslovaco?

Luis se hallaba, en primera instancia, preocupado por su suerte en esa guerra inesperada por muchos. Quizás habría que corregirse. Y ella tenía la razón: las fuerzas armadas del Pacto fueron invitadas –a pasar a su casa, ¿verdad?, como se dice en México. ◊